

«Redefinir la educación» XXIX Seminario interdisciplinar Barcelona, 8 de noviembre de 2010

«El espectáculo de los adultos también educa»

Anna Vall Rius

Mediadora y directora del Centro de Mediación de Derecho Privado de Cataluña

Anna Vall ha empezado su ponencia hablando de la importancia que tiene la mediación en el mundo educativo, pero no en la escuela, sino en el ámbito de la familia, en el contacto entre padres e hijos, y niños en general.

Cuando hablamos de mediación tenemos que tener en cuenta dos conceptos: las relaciones personales y los conflictos, porque la mediación surge cuando hay un conflicto o cuando se prevé que estalle uno de forma inminente. Se acostumbra a tener la idea preconcebida de que los conflictos son algo malo, extraño, y peligroso, pero en realidad los conflictos son inherentes a las personas; los seres vivos estamos siempre en conflicto.

Acostumbramos a gestionar los conflictos que tenemos diariamente (como poner la mesa o tirar la basura) por nosotros mismos. Pero hay conflictos que van más allá de los que se puede resolver en el «tú y yo» y necesitamos una tercera persona. Por razones culturales tendemos a pensar que esta tercera persona será como una especie de juez que tiene que decidir y que, por lo tanto, hará que se genere una confrontación. Desde la mediación, no obstante, entendemos que como los conflictos son algo connatural a la existencia de las personas, no hay mejor solución que poder gestionar el conflicto por nosotros mismos. Y que si hemos perdido la capacidad de hablar «tú y yo» porque ese conflicto nos desborda, buscamos a una tercera persona, no para que nos diga qué tenemos que hacer, sino para que nos ayude a crear un espacio de diálogo y de comunicación para poder gestionar las diferencias entre nosotros dos. Porque nadie mejor que nosotros sabe qué nos conviene y qué necesitamos.

Lo único que hace la mediación, pues, es creer que las personas tenemos suficiente capacidad y suficientes recursos para decidir por nosotras mismas. Por lo tanto, la mediación devuelve la palabra a las personas para que sean ellas quienes decidan las consecuencias de sus discrepancias.

El mediador tiene que dar por hecho que las personas pueden resolver un conflicto, pero también tiene que comprender los sentimientos y las emociones que viven, porque hay conflictos francamente duros, como los relacionados con las separaciones. Se trata de una realidad muy presente en nuestra sociedad desde que en el año 1981 se creó la Ley del Divorcio, que requiere que entre todos encontremos herramientas que den respuestas efectivas a estas nuevas situaciones.

¿Son válidas en la sociedad actual las herramientas del derecho tradicional, que nos llegan de la Ilustración, del siglo XVIII, o incluso de antes? No. Son fórmulas basadas en la conflictividad y la confrontación. Y debemos tener en cuenta que la sociedad ha cambiado. Antes hablábamos de la familia, ahora hablamos de familias, porque la sociedad se está transformando y hay nuevos modelos familiares y, por lo tanto, nuevas formas de relacionarnos. Estamos en una sociedad rica y plural en todos los sentidos, pero esto genera formas de vida y de relación muy diferentes que tienen como consecuencia conflictos.

Según el Consejo General del Poder Judicial, en el año 2009 hubo en España sesenta y ocho mil divorcios consensuados, más cuarenta y siete mil no consensuados. En Cataluña, hubo catorce mil, más seis mil no consensuados. Todas estas personas que se han separado han sido dentro de uno de estos conflictos. Los niños que viven estas situaciones de ruptura, a menudo, son los que peor lo pasan, porque se sienten en medio de un conflicto de lealtades. Los niños necesitan seguir en este mundo afectivo en el que han hundido sus raíces y, por lo tanto, tener contacto con toda la familia, no sólo con el padre y la madre.

A los chicos y chicas en edades adolescentes también les afectan mucho estos temas, porque están forjando su futuro y, a menudo, ven como sus padres les dicen que tienen que dialogar y son ellos los primeros que no lo hacen. Los padres que recorren a mediadores para resolver sus conflictos están dando un ejemplo a sus hijos que va más allá de las palabras.

Con la mediación, las personas que tienen un conflicto hablan e intentan gestionar sus diferencias sin enfrentarse y sin romper vínculos. Como decía Eric Fromm o Rojas Marcos en uno de sus últimos libros, la calidad de nuestra vida depende de la calidad de nuestras relaciones. Pero ir a mediación no es fácil; las personas vemos las cosas desde nuestra propia perspectiva y ponemos etiquetas a todo aquel con quien no estamos a gusto. Pero el resultado siempre será mucho mejor que dejar que sea una tercera persona la que nos resuelva la situación. A menudo pensamos que una separación, por ejemplo, es meramente un tema jurídico, y no es cierto. Es

un tema personal que afecta a las emociones, a los sentimientos y a la parte más íntima de las personas.

La mediación es un nuevo paradigma; habla de diálogo, de comprensión, de perspectivas. Es muy importante tener siempre presente que cada uno tiene su propia perspectiva y que la verdad absoluta no existe. En la mediación cada uno defiende su propio interés pero escucha el de la otra persona. Podemos pensar en un conflicto como si en vez de un juego de póquer fuera un puzzle, que era un cuadro hasta que las piezas se han desencajado. Si en vez de tirar estas piezas al suelo las encajamos de una manera distinta tendremos un cuadro diferente que nos permitirá vivir de otra forma, que no tiene por qué ser peor que la que teníamos antes.

Resumen de las ponencias realizado por el equipo de redacción del Ámbito María Corral.